

# ASPECTOS PSICOLOGICOS DE LA MILITANCIA DE IZQUIERDA EN CHILE DESDE 1973

MAGGY LE SAUX

La autora analiza críticamente los problemas que viven muchos de los militantes en la sociedad chilena actual. Al mismo tiempo, ellos revelan un doloroso proceso de disociación entre su conducta pública y privada, como consecuencia de las condiciones objetivas que se les han impuesto a partir de 1973.

MUERTO  
ALL ENDE

REVLON

# ASPECTOS PSICOLOGICOS DE LA MILITANCIA DE IZQUIERDA EN CHLE DESDE 1973\*

Maggy Le Saux

Profesora de Historia.

## INTRODUCCION

*En Chile, los militantes de izquierda conocen hoy en día un problema real de integración de la personalidad, como consecuencia de las condiciones objetivas que se les impone desde 1973, las que han venido a reforzar tendencias propias de una forma específica de militancia. La falta de cohesión interna en los individuos seguramente disminuye la capacidad política global de la izquierda, y constituye uno de los factores de su debilidad actual. No se pretende aquí explicar todos los problemas políticos por la psicología, ni menos resolverlos gracias a ella. Sin embargo, es indudable que las tensiones y contradicciones internas que afectan a los militantes tienen sobre la izquierda chilena un costo político elevado, en tanto generan conductas individual y colectivamente devastadoras y, más aún, ineficaces.*

*Es común hoy día hablar de esquizofrenia a propósito del mundo de la militancia de izquierda. De hecho, en la actividad militante se tiene la impresión frecuente de funcionar al interior de un universo no solamente apartado de la realidad, sino, además, que intenta negarla. Se observa, por otra parte, una distorsión entre el discurso que refleja un conjunto de valores y la práctica con frecuencia tan alejada de ellos, distorsión que repercute en contra de la cohesión interna individual. En más de un aspecto, el militante de izquierda aparece como "el hombre atomizado", el hombre que vive en forma simultánea en mundos no comunicados entre sí: el mundo cerrado de la militancia de oposición y aquél de la realidad del resto del país; el mundo del discurso político y aquél de la práctica política; el mundo imaginario del futuro —después de "la caída de la dictadura", después de "la revolución"— donde comenzará la "verdadera" vida, y el mundo del presente, mundo entre paréntesis, donde todo lo que no sea la lucha es postergado.*

*Esta situación, ¿en qué medida es el resultado de doce años de militancia en la oposición, en la clandestinidad, en la marginalidad? ¿En qué medida existía ya antes de 1973, sea como características de la izquierda chilena o como herencia de una forma de militancia propia de la izquierda de inspiración marxista del mundo entero desde hace un siglo?*

*¿Qué necesidades humanas, fuera de aquellas que son explícitas, trata de satisfacer esta forma de militancia? ¿Por qué hombres y mujeres inteligentes dedican a este tipo de militancia toda su energía, casi sin cuestionar la irracionalidad y la ineficacia de tantas de sus acciones?*

\* Este texto es una primera aproximación a un tema delicado y complejo. Trata esencialmente de un cierto tipo de militante de clase media de dedicación casi profesional. Es un documento de trabajo destinado a ser discutido, criticado, enriquecido, matizado. Su objetivo es servir de base a una investigación de tipo psico-sociológico sobre la materia.

## LAS CONSECUENCIAS PSICOLOGICAS DE UNA DERROTA POLITICA

Decir que la izquierda chilena es una izquierda fracasada, es algo así como decir que "Inglaterra es una isla"; es una verdad de perogrullo, pero cuyas implicancias son determinantes.

Históricamente hay otra izquierda que pasó del poder a la clandestinidad: la española. Todos sabemos cómo murió Franco. Se necesitó un cambio de generación para que la izquierda española volviera a influir en la vida política. Existe, sin embargo, una diferencia importante: la izquierda española se enfrentó y luchó durante tres años antes de ser vencida, mientras que la chilena fue totalmente aplastada en algunos días. Eso contribuyó a agravar la dificultad que tuvieron los militantes chilenos para integrar la derrota, asumir la pérdida y resituarse en la nueva realidad.

De allí se desprende un problema de identidad que, sumado a la pérdida de confianza en sí mismo ligada al fracaso, genera inseguridad personal. Esa inseguridad es la causa verdadera de muchos conflictos disfrazados en discrepancias políticas, sea entre organizaciones o en el seno mismo de las organizaciones.

### 1. LA PERDIDA DE IDENTIDAD

Decir que el Golpe de Estado de 1973 provocó una ruptura total en la vida de los militantes de izquierda, es poco decir. Aun cuando durante tres años muchos de ellos habían sacrificado casi todo —familia, estudio, profesión— a la vida pública, el brutal retorno a la vida privada significó generalmente enfrentarse con el vacío. Es la pérdida repentina de todos los referentes.

Cuando poco a poco el militante trata de reconstruirse una vida, no puede sino hacerlo en espacios considerablemente reducidos. El vive en un país en sí esquizofrénico, donde se acostumbra a actuar, a pensar, a ser reconocido solamente por una mitad de país. Y ese corte atraviesa frecuentemente su propia familia, sus amigos y conocidos de siempre. Además, en ese medio país con el cual en adelante el militante debe conformarse para asegurar su identidad, muchos faltan, exiliados o desaparecidos; y con ellos falta una parte de lo que uno mismo ha sido y que ya no puede compartir con nadie.

De allí entonces la reafirmación del rol del partido, la sobrevivencia de un "antes" cargado de contenido, que actúa como un "donante de identidad". Este rol asegura a la organización política la incondicionalidad de muchos de sus miembros más allá de todas las amarguras, de todas las desilusiones. Como esas parejas desgastadas que permanecen juntas aunque no se quieran, porque uno sin el otro no sabrían quiénes son.

Por otra parte, la represión impone condiciones que vuelven más difícil aún la reconstrucción de una identidad. La "compartimentación" exigida por razones de seguridad —es decir, el parcelamiento de la vida en espacios no comunicados— es progresivamente interiorizada. Se tiende a desarrollar personalidades paralelas, con las cuales uno se habituaba a funcionar aunque sea al margen de toda causa objetiva. Después de haber sido una necesidad, mentir se vuelve un modo de ser.

Muchas veces, también, una actitud deliberadamente esquizofrénica es para el militante una condición de sobrevivencia psíquica: cuando la violencia o la miseria llegan en el país a grados intolerables, no le queda más que "compartimentarse" a sí mismo, reservándose espacios interiores donde esa realidad traumatizante simplemente no exista, y donde él pueda reconstituir sus fuerzas.

En fin, el miedo latente, que resurge con fuerza a intervalos regulares, moviliza una parte de la energía del militante para ocultárselo, deforma su percepción de la realidad



(tendencias paranoicas), y con frecuencia pone a cada uno frente a un dilema: asumir el compromiso de resistencia a la dictadura y sobreponerse al miedo en actos concretos de la vida cotidiana, o ceder ante el temor a una cobardía, lo que posteriormente se tratará de justificar frente a los otros y más aún frente a sí mismo. Hay allí una fuente permanente de conflictos interiores, una exigencia de coraje cotidiano, una perpetua puesta en cuestión de la imagen de sí mismo. Todo ello impuesto a un grado muy superior a aquel que conoce el apacible ciudadano de una democracia.

## 2. LA INSEGURIDAD PERSONAL

Es cierto que la atomización de la izquierda chilena tiene causas políticas, pero los diversos intentos de unificación chocan también a cada rato con obstáculos irracionales —los más difíciles de superar—, disfrazados de conflictos políticos. Y en el seno de cada organización, la vida militante se caracteriza por un grado anormalmente elevado de conflictividad, también encubierta por divergencias políticas.

### a) La necesidad de relegitimación personal

La derrota de 1973 ha provocado, además de los problemas de identidad ya expuestos, una pérdida de la imagen positiva de sí mismo y un sentimiento más o menos confuso de culpa. En reacción, el militante busca inconscientemente relegitimarse frente a los otros y a él mismo. Si la necesidad de legitimación personal está naturalmente presente en todas las acciones humanas, la prioridad acordada inconscientemente a esta necesidad sobre el objetivo de transformar el mundo exterior, es un obstáculo serio para todo entendimiento con el otro. Una concesión que la razón aconsejaría aceptar, es rechazada porque la susceptibilidad del ego es más fuerte que la voluntad de llegar a un acuerdo. Esta imperiosa necesidad de reconstruir una imagen de sí mismo satisfactoria, probablemente explique muchas fracciones y quiebres en el seno de las organizaciones: se prefiere ser "cabeza de ratón" que "cola de león".

### b) La agresividad

La inseguridad personal, que conduce fácilmente a sentir al otro como una amenaza, es el origen de muchas conductas agresivas entre los militantes de izquierda. Es la causa, en particular, del tristemente famoso "chaqueteo": los éxitos de los otros me hacen sentir aún más mi propia incapacidad; de allí la dificultad de entusiasmarse con el éxito de los otros, incluso los amigos, y la tendencia a descalificar todo lo que se salva de la mediocridad. Esta práctica, que ha desanimado a más de un militante dentro de los más valiosos, limita la capacidad global de las organizaciones. Si bien es cierto que el "chaqueteo" existía antes de 1973, (¿característica de una sociedad que carece de confianza en sí misma?), la derrota no ha podido más que reforzar esta práctica en el seno de la izquierda.

En general, muchas de las reacciones agresivas son la mera liberación de una rabia contenida acumulada desde hace años, realimentada cotidianamente por la situación y que no se puede dirigir contra los verdaderos responsables, como se querría. Uno se desquita con aquellos que tiene a su alcance, sean compañeros de partido o de otras organizaciones.

## 3. LA DESMOTIVACION

Entre las consecuencias psicológicas de la derrota, hay que hablar finalmente de la desmotivación. El fracaso en sí mismo, sumado a tantos años de resistencia en condiciones par-

ticularmente desgarradoras, donde la esperanza se ha visto más encima tantas veces decepcionada por la creencia de que la dictadura estaba a punto de caer, ha acarreado entre muchos militantes una desmotivación profunda; a tal punto que uno se pregunta en qué medida su compromiso político de hoy día no es otra cosa que un mero modo de sobrevivir, por el acceso que ello le proporciona a un puesto en proyectos financiados desde el extranjero. Estos son casos extremos, pero en los "viejos" militantes (o sea, los que adhirieron al partido antes de 1973) en general se percibe desaliento y lasitud, lo que reduce su creatividad, su disponibilidad para las responsabilidades y, de seguro, su combatividad.

En resumen, la derrota y las condiciones de vida desgarradoras de los opositores han ido debilitando la integración de su personalidad, generando problemas de identidad; han ido aumentando la inseguridad personal y, por lo tanto, la "conflictividad"; en fin, han reducido la motivación para actuar. Todo eso genera un "desgaste de energías" en cada militante, sea porque estas energías se malgastan en peleas estériles, sea porque no hay una coherencia suficiente entre aquello que se vive interiormente y los actos militantes, sea por toda la energía que absorben los conflictos internos inconscientes.

Y junto a todo lo anterior, hay aún otra fuente de conflictos internos, la proveniente de la distorsión entre valores y práctica política.

## ETICA Y POLITICA

### 1. EL FIN Y LOS MEDIOS

La ética en la política es más que nunca un (¿el?) problema de fondo. Para un militante marxista, en este fin de siglo xx, no preguntarse si el fin justifica los medios revela una ceguera inquietante. O, más precisamente, no preguntarse cuál es el fin. ¿La naturaleza del fin puede acaso ser diferente de la naturaleza de los medios? ¿Puede haber una revolución concluida que no sea a la vez una revolución traicionada? La verdadera revolución, ¿caso es otra cosa que el combate por la revolución? ¿que la lucha incesante del hombre por un mundo más humano? De ser eso verdad, simplemente no tiene sentido distinguir el fin de los medios.

Así, por ejemplo, la historia del socialismo real parece demostrar que los medios empleados para construir una sociedad contribuyen a definir las características de esa sociedad, a lo menos tanto e incluso más que las intenciones que precedieron a su instalación.

En efecto, los medios que utilizamos nos transforman a nosotros mismos. Es cierto que actuamos como pensamos, pero también pensamos así como actuamos. El caso bien conocido de los efectos de la tortura sobre el torturado, no es más que la ilustración extrema de una dialéctica entre nuestros pensamientos y nuestros actos, que vale para todas las situaciones. Aquel que toma el hábito de mentir debilita con ello su coherencia interna; aquel que utiliza y manipula a sus semejantes, pierde poco a poco el respeto por los seres humanos y, por ende, finalmente, por sí mismo; aquel que actúa como un pequeño autócrata no se transformará en un demócrata al otro día de la revolución. Y aquel que ha reducido por años su vida solamente a la dimensión del activismo, no reencontrará intactas dentro de sí, una vez en la "sociedad socialista", las dimensiones de la afectividad, de la creatividad intelectual, de la sensibilidad artística, de la espiritualidad, etc.; dimensiones que le permitirán construir una sociedad plenamente humana, pero que fueron sacrificadas por tanto tiempo "en nombre de la lucha".

## 2. IDEOLOGIA Y VALORES

Se usa aquí el término "*ideología*" en el sentido en que se habla comúnmente de ideología marxista o de ideología nazi; vale decir, un sistema de explicación global del mundo que se reclama a sí mismo coherente.

El siglo XX ha sido el siglo del triunfo de ese tipo de ideologías, pero después de los horrores del nazismo y de la encarnación del marxismo en el socialismo real, los pueblos parecen cansados, poco dispuestos a creer nuevamente que una ideología, cualquiera ella sea, podrá aportar una solución a sus problemas. Y se orientan cada vez más —¿sabiduría o lasitud?— hacia soluciones centristas.

La crisis de las ideologías contribuye a la actual crisis de los partidos políticos ideologizados; crisis que existe no solamente en Chile, sino en todas las partes donde los partidos siguen cumpliendo su rol de intermediarios entre la sociedad civil y el Estado. En efecto, habiendo perdido el poder de atracción ligado a su ideología, los partidos son, ahora más que antes, enjuiciados por la coherencia entre los valores que sostienen sus discursos y sus prácticas políticas.

La ética, por lo tanto, retoma toda su importancia. Y si, al meditar en lo que hoy en día une realmente a los militantes, uno los piensa capaces de sentirse identificados y de comunicarse más fácilmente entre sí que con gente políticamente no comprometida, se encontrará con que la participación en un conjunto de valores comunes juega con seguridad un rol mucho más importante que la adhesión a una misma ideología.

El militante, en este cuadro —y eso vale especialmente en el caso actual de Chile— vive una permanente contradicción entre sus valores y su práctica política, porque se mantiene profundamente convencido, sea el mismo consciente de ello o no, de que el fin justifica los medios. Eso hace temer que la izquierda no esté nunca en condiciones sino de construir una sociedad que traicionará sus propias intenciones. Pero esta contradicción tiene además consecuencia en lo inmediato sobre la personalidad de los militantes: la falta de correspondencia entre sus valores y sus actos debilita a la vez la energía con la cual ellos creen en esos valores y aquella con la cual actúan en contra de ellos, hoy en día, cuando la fe ciega en el socialismo marxista ya no sirve de cemento a sus personalidades.

Habría que repensar desde este ángulo la realidad de la "*renovación*" en la izquierda chilena, como una búsqueda de mayor coherencia entre actos y valores; e interrogarse sobre la naturaleza de las resistencias con que ella ha chocado.

## 3. VALORES Y PRACTICA POLITICA

A primera vista, no resulta tan fácil distinguir por su práctica al militante "*renovado*" del militante tradicional, ya que lo que normalmente más se encuentra, son las mismas viejas prácticas políticas.

El uso de la *mentira* sigue siendo la norma. Se miente para exagerar la importancia de la organización, la labor realizada. Se sabe, por ejemplo, la casi imposibilidad en que se encuentra el militante, e incluso el dirigente, de tener una idea aproximativa de la cantidad de miembros de la organización: cada uno termina por creer imágenes propias y ajenas, hasta que finalmente nadie está seguro de nada. Los dirigentes mienten también porque las bases "*carecen de la madurez suficiente para saber toda la verdad*". Ella podría desalentarlas, inducir las a error (los soviéticos no dicen otra cosa, más de sesenta años después de su revolución, cuando justifican la falta de libertad de expresión: "*Nuestras gentes eran siervos hace un siglo. Aún no están maduros*"). Cabe preguntar: ¿Cuándo adquirirá la base esta famosa madurez, si no es confrontándose a la verdad, aunque ésta no siempre sea agradable?



Por último, se miente para encubrir la irresponsabilidad, las tareas no realizadas, los atrasos y las citas fallidas. Pero aquí tocamos a la mentira como práctica social en Chile, que desorienta basamente al "gringo". Lo que este último percibe como una falta de dignidad, aquí se siente casi como una actitud de cortesía: se evita el conflicto, la verdad desagradable, gracias a una mentira que nadie cree (¡salvo el "gringo"!), pero que permite seguir con las relaciones en buenos términos. Las exigencias de las medidas de seguridad no han hecho más que acrecentar una tendencia ya presente.

La contradicción entre *eficacia* y *democracia*, que atraviesa la vida militante en forma permanente, pone también a ruda prueba la coherencia de la izquierda con ella misma. Al interior de las organizaciones, los militantes que tienen la reputación de ser los más eficaces, son a menudo los mismos que pasan por ser autoritarios e individualistas en el trabajo. Aquí hay un círculo vicioso: los militantes más motivados, comúnmente aquellos más generosamente "*entregados a la causa*"; se estrellan contra la negligencia ambiente. Las tareas repartidas en forma colectiva no se realizan y ellos terminan por hacer todo por sí mismos, perdiendo la costumbre de consultar al colectivo. Los demás militantes, viendo que las cosas se hacen igual sin ellos, se desmotivan aun más. O sea, la falta de motivación de algunos refuerza el autoritarismo de los otros, lo cual refuerza a su vez la desmotivación, etc. El problema no se plantearía en estos términos si la concepción del trabajo militante fuese menos "*productivista*", preocupado menos de "*hacer cosas*" y más de cambiar la relación entre los hombres.

En cuanto a las relaciones de las organizaciones políticas con las organizaciones sociales, ellas sufren también de un autoritarismo disfrazado de paternalismo de parte de los militantes de clase media (o alta). La profundidad de las diferencias culturales que separan a las clases populares de la burguesía, y toda una mentalidad paternalista que el niño de la burguesía desarrolla desde la cuna con la "*empleada*", hacen particularmente difícil la existencia de lazos auténticamente democráticos.

El problema de la democracia es seguramente de una extraordinaria complejidad en términos generales y, en el caso particular de Chile, las condiciones en las cuales se desenvuelve la izquierda hoy en día hacen su práctica aun más difícil. Pero lo que actualmente ocurre, es que se niega el problema, lo que es fuente de desconfianza y malestar; se hace como si se respetara la democracia, en lugar de identificar y analizar los obstáculos para hacerla. Una práctica autoritaria reconocida en tanto tal sería probablemente menos dañina que la distorsión eterna entre lo que se dice y lo que se hace.

Por último, cabe la pregunta, ¿cuál es esta eficacia en cuyo nombre se pospone la democracia? Esa eficacia, ¿ha conducido hasta la fecha a resultados por los que haya valido la pena el sacrificio de sus valores? ¿Tiene realmente la izquierda algo que perder si opta por tener una práctica coherente con lo que dice querer?

#### 4. EL PROBLEMA DE LOS FINANCIAMIENTOS DE PROYECTOS DESDE EL EXTERIOR

Si hay un terreno en el cual la izquierda chilena se encuentra en contradicción con ella misma, se trata precisamente de éste, y el peso de estas contradicciones tiene sin duda un costo político.

Las ventajas de estos financiamientos externos son evidentes: son ellos los que permiten que subsista en Chile una actividad intelectual digna de este nombre, que sobrevivan materialmente una cantidad de hombres y mujeres calificados en distintas disciplinas, cuya oposición al régimen actual les excluye de una vida profesional normal. Estos financia-

mientos también permiten que se realice todo un trabajo de asesoría técnica, legal y de capacitación a las organizaciones sociales, etc.

Pero los inconvenientes son múltiples y graves. No se trata aquí de juzgar desde un punto de vista moralista la actitud de organizaciones o personas que, en general, no tienen otra alternativa, pero sí de cuestionar los efectos perversos de este sistema que, en ciertos casos, terminan por oponerse a los objetivos propuestos.

Para luchar contra el "Imperialismo", las organizaciones de izquierda se ponen ellas mismas en situación de dependencia, debiendo adaptar una parte de sus actividades a criterios extranjeros; o, peor aún, dar a estas actividades la apariencia que más puede agradar al "gringo" enviado por la agencia que hace la visita de terreno. Se va desarrollando así una mentalidad de "subvencionado": se pierde esa noción elemental de que es la utilidad de su trabajo para la comunidad la que le permite a uno ganarse la vida. Se acostumbra a pensar que no es el trabajo en sí lo que permite vivir, sino el hecho de convencer a una especie de mecenas extranjero sobre la utilidad del trabajo por realizar. Y así encontramos a más de un militante preocupado de buscar, no el tipo de actividad donde se sentirá más realizado y/o que le parezca la más adecuada a las necesidades del país, sino la actividad que ofrezca el mayor interés para una agencia tercermundista.

Al interior de los partidos, ese sistema introduce elementos anti-democráticos: lo quieren o no, los militantes que tienen en sus manos el contacto con las agencias de financiamiento, son investidos de un poder que emana de estos dineros y que interfiere con el funcionamiento normal de la organización partidaria. Además, las llamadas "instituciones", "corto-circuitan" también el funcionamiento regular de los partidos, porque ellas son el lugar donde "todo el mundo" (de oposición) pasa, se reúne, se informa y va a informar. Cualquier militante de base, por el sólo hecho de trabajar en una "institución", controla más información que muchos cuadros que no están relacionados con ellas.

Existe otro problema para los partidos y que, en alguna medida, es provocado por ellos mismos: ser militante en Chile hoy día no es a menudo una opción libre, una actividad voluntaria, sino que es una fuente de ingresos. Como lo dijo brutalmente un militante: "A nosotros, los militantes, ya no se nos recluta, se nos contrata"; lo que hace surgir dudas sobre el carácter de algunos compromisos.

Hay también algunos alcances que hacer sobre el "compañero-patrón", una realidad que no favorece la transparencia de las relaciones al interior de los partidos: algunos trabajadores de "instituciones" militan en las mismas organizaciones que sus jefes, y lo ven ocho horas por día en el rol de jefe y la hora número nueve, en el rol de compañero de partido, lo que es fuente de ambigüedades en ambas situaciones.

La ambigüedad se encuentra también en otros niveles, desde luego en las relaciones de las "instituciones" con las organizaciones a las cuales se les brindan servicios. Los "proyectos" se presentan siempre como la realización de tareas necesarias de ayuda al movimiento social, con el objetivo generoso de contribuir al desarrollo y a la democratización del país. Jamás se presentan como lo que son al mismo tiempo y muy legítimamente: empleo para intelectuales y/o profesionales de oposición. En el seno de las organizaciones políticas, esto no deja de provocar un cierto malestar, ya que los militantes que dirigen organizaciones sociales son a cada rato requeridos para que apoyen, con el aval de su organización, "proyectos" que en último término sólo aseguran un financiamiento a algunos profesionales.

Como lo expresa con toda crudeza una pobladora militante de partido: "Los proyectos son agencia de empleo para intelectuales cesantes. Nosotros, los pobladores organizados, servimos de garantes, pero permanecemos cesantes". Se trata aquí, en la visión de



muchos militantes de extracción popular, de la reproducción pura y simple, dentro del partido mismo, de las injusticias de la sociedad.

También encontramos ambigüedad cuando nos interrogamos sobre la naturaleza de las "instituciones" alternativas. Para sobrevivir, la izquierda chilena se vio ante la necesidad de crear y desarrollar la gestión de cierto tipo de "empresas" que, en muchos aspectos, no se diferencian de una empresa capitalista cualquiera. La izquierda ha carecido de la imaginación necesaria para crear dentro de las "instituciones" un cierto tipo de gestión, un tipo de relaciones que supere, no sólo en la forma sino también en el contenido, el modo de repartición del poder, distribución de roles y escala de salarios vigentes en las empresas capitalistas. Las "instituciones" entre ellas —y, en ocasiones, personas al interior de ellas mismas— están empeñadas en una competencia muy dura, que todo el mundo parece aceptar como algo inevitable, "normal"; la misma competencia que existe a todos los niveles en el país. Es evidente que los recursos son limitados en relación al volumen de la demanda, pero ¿por qué hombres de izquierda consideran que, frente a la escasez, la única respuesta posible es la competencia implacable? Una cooperación leal, la solidaridad, ¿acaso no habrían podido ser otra respuesta plausible?

Como reacción al carácter ligeramente artístico de los objetivos de las primeras generaciones de "proyectos", se tiende hoy en día a caer en el exceso contrario, aquel del "productivismo": la obsesión de la institución por poder presentar a fin de año (o para la próxima visita del "gringo") un cierto número de "productos", tiende demasiado a menudo a sacrificar el objetivo de transformación social, que es lo que supuestamente sostiene y justifica la fabricación de estos productos.

Finalmente, el mundo de las "instituciones" es un mundo marginal. Es un espacio de libertad que evita a los militantes la división esquizofrénica entre vida militante y vida profesional. Pero la ausencia de contactos cotidianos con la realidad del "chileno medio" es, sin duda, el origen de muchos errores de análisis de parte de numerosos dirigentes políticos que trabajan en "instituciones".

Como conclusión, la realidad que representan las "instituciones" alternativas ha puesto en evidencia, de forma flagrante, las contradicciones entre el discurso y las conductas concretas de la izquierda, dejando en claro la incapacidad de esta última para, aprovechando los recursos que se le proporcionan, imaginar y empezar a aplicar, en el mundo económicamente protegido de las instituciones, nuevas reglas del juego.

## EL MILITANTE DE IZQUIERDA O EL "HOMBRE ATOMIZADO"

Hemos visto que el Golpe de Estado y las difíciles condiciones en que vive después de doce años la izquierda chilena, han jugado un papel destructorador y, por lo tanto, debilitador, sobre la personalidad del militante. Sin embargo, esto no ha venido sino a reforzar tendencias existentes en el tipo de militancia establecida en toda la izquierda influenciada por el marxismo desde hace un siglo. Tal forma de militancia tiende a falsear la relación con la realidad y la relación con el tiempo.

Para comprender mejor esto, hay que preguntarse por qué se milita.

### 1. ¿POR QUE SE MILITA?

Racionalmente, militamos para transformar la realidad en la dirección de un cierto ideal. Pero, ¿es ésta nuestra motivación principal? ¿Por qué personas inteligentes cuestionan tan poco su forma de militar, aun cuando los hechos les demuestran el escaso efecto de tanta energía empleada para cambiar el mundo?

De hecho, es difícil evitar una cierta sensación de "inconsistencia" frente a la actividad política de la izquierda chilena; sensación causada por las constantes "vuelitas en el aire" de los hombres y de las organizaciones, que establecen alianzas y las rompen, se embarcan con entusiasmo en un proyecto para abandonarlo bruscamente por otro; por los continuos cambios de programa al último minuto, las reuniones que comienzan con una hora y más de atraso y que se eternizan inútilmente, los compromisos no cumplidos, las citas fallidas, los conflictos estériles, las discusiones políticas reducidas comúnmente a un acalorado intercambio sobre "política de alianza" (ítema inagotable dada la incapacidad de unirse!). Todo eso, que en parte es el resultado de estas personalidades desintegradas de las cuales hemos ya hablado, provoca muchas menos reacciones escandalizadas de las que podría lógicamente esperarse, puesto que militar responde a motivaciones complejas, no todas conscientes.

En efecto, en la base del compromiso militante se encuentra el rechazo al mundo tal cual es, una rebeldía fundamental; y también una proyección en la utopía, no como una fuga en lo irreal, sino como aquello que orienta la acción de transformación del mundo. Estrechamente ligado a esto, la militancia es también una respuesta a necesidades personales, las cuales no representan un problema en la acción misma, sino en la medida en que constituyen un imperativo demasiado fuerte o demasiado inconsciente. Entre estas necesidades, la necesidad religiosa, la de sentirse "re-ligado" a algo que nos trasciende y de la cual la Historia nos muestra la universalidad y la permanencia; y una necesidad muy cercana a ésta, la de pertenencia. Así, por ejemplo, los militantes marxistas más "puros y duros", que en nombre del materialismo científico se esfuerzan en reducir la complejidad de lo real a un simple problema de producción y de productores, son ellos mismos movidos —muy poco científicamente— por una fe mesiánica en "el Proletariado" y, más aún, en "el Partido". Las impactantes analogías entre, por ejemplo, la Iglesia Católica y los partidos comunistas —igual mística de la unidad, dogma, jerarquía, proselitismo, herejías y renegados—, no pueden ser sólo fruto de meras casualidades.

Militar responde también a la necesidad, vital en el ser humano, de sentir que él puede incidir sobre su propio destino. Además, militar es una respuesta a necesidades afectivas. Con toda seguridad, habría muchas cosas que descubrir por el lado de las carencias afectivas de los militantes. Tras competencias feroces por espacios de poder a menudo irrisorios, habría que ver no tanto la ambición de poder en sí, como la necesidad de ternura. De acuerdo a la opinión profundamente lúcida de un dirigente: "*Uno hace política para que lo amen*". ¿Necesidad que surge de una incapacidad para amarse a sí mismo y, por lo tanto, para establecer con sus cercanos relaciones satisfactorias? No es simplemente una compensación al afecto en sí. Como tan finamente lo supo expresar Mme. de Staël: "*La gloria es el duelo resplandeciente de la felicidad*".

Yendo aun más a fondo, y retomando los tres componentes que están en la base de la militancia —el rechazo, la utopía, la voluntad de cambio—, es posible concebir que uno u otro de estos elementos pueda dominar, según los individuos y de acuerdo a las etapas. De este modo, y con cierta prudencia, puede postularse la hipótesis de que la militancia sería, en muchos casos, fundamentalmente una actitud de rechazo; la expresión de una dificultad de ser que se traduciría en conductas de evasión hacia fuera de lo real y del presente, aspecto que se acentuaría en períodos de fracaso (individual o colectivo).

De cualquier modo, la militancia parece conllevar un riesgo de falsear la relación con la realidad cada vez que ésta se opone a la transformación: desde distintos puntos de vista, el activismo febril, el voluntarismo, el discurso político, se asemejan mucho a conductas mágicas, en el sentido de que la magia expresa la impotencia del hombre frente al mundo.

Los períodos de adversidad, como el que vivimos actualmente, evidentemente refuerzan estos aspectos de la militancia.

## 2. LA MILITANCIA, ¿UNA RELACION DISTORSIONADA CON LA REALIDAD?

Los casos más espectaculares de negación de la realidad en el mundo militante, se vieron en la época del Golpe de Estado. Así, el mito de las armas que los partidos iban a repartir a cada militante en el momento adecuado; o el rumor de que el ejército de Prats, formado por un millón (!) de hombres, avanzaba desde el sur; también el regreso inminente y masivo de los exiliados en armas, pasando por Cuba...

Este recurrir a lo maravilloso en seres que se definen como racionales, es una manifestación de impotencia. Se niegan los hechos porque no se tiene ningún ascendiente sobre ellos. En un menor grado, se reconoce el mismo desfase con la realidad en varias conductas militantes, tal como el activismo, el voluntarismo, la ciclotimia de grupo, como también en el lenguaje político.

a) *El activismo*, es "el acto por el acto". "Hacer" se vuelve la única manera de "ser". El compromiso militante tiende a limitarse al activismo y a identificarse con él. No se imaginan otras formas de contribuir en la construcción de un mundo mejor. Muchos militantes aparecen empujados hacia la acción de manera compulsiva, y es bien visto mostrarse como sobrecargado de actividades. Eso significa ser muy solicitado, eficaz, dedicado, es decir, "buen militante". Es de buen tono también quejarse de ese exceso permanente de actividades, pero una tarde sin reunión —o, peor aún, un fin de semana entero sin actividad— y entonces se sienten perdidos y hasta angustiados. El activista ha olvidado (¿o tal vez no ha conocido nunca?) la intimidad consigo mismo y, por lo tanto, con sus cercanos. Su vida da la impresión de una fuga permanente, como si el gran temor fuera encontrarse consigo mismo; tener que darse cuenta de que, más allá del activismo, él ya no tiene realidad propia. Es por eso mismo que ha sido tan fuerte el impacto de la relegación sobre los militantes activistas.

Por otro lado, el activismo es la traducción de una concepción "productivista" del compromiso militante. Se pierde de vista que el socialismo es idealmente el establecimiento de relaciones nuevas entre los hombres, y que lo lógico sería entonces empezar por establecer esas relaciones nuevas entre los militantes. En lugar de ello, la única preocupación es que "las cosas se hagan", y con este fin las relaciones en el seno de las organizaciones son a menudo utilitaristas.

En general, en el activista se da un rechazo a interrogarse sobre lo que está haciendo y la manera como lo hace. En las reuniones se destina mucho más tiempo a hablar de lo que se piensa hacer, que a reflexionar sobre el trabajo en curso. Incluso cabe sospechar que el activista dedica el mayor tiempo de su jornada, a hablar sobre lo que piensa hacer.

Cabe destacar aquí que los militantes, incluso los dirigentes, leen poco, y que las jornadas de formación teórica se sacrifican con facilidad a las urgencias de la coyuntura. No se trata de que todos los militantes sean intelectuales, pero resulta sorprendente el poco interés que manifiestan en general por la lectura, incluso sobre temas muy ligados a sus preocupaciones. ¿Tendrá esto algo que ver con el empobrecimiento de la vida cultural a partir de 1973?

Una última acotación sobre el activismo hace posible verlo como la exageración de una respuesta sana a una situación patógena. Bruno Bettelheim demostró con su análisis acerca de los campos de concentración nazis, que la condición esencial de sobrevivencia del individuo es la de sentir que por sus actos él influye sobre su propio destino: así, el Golpe



de 1973 despojó brutalmente a los militantes de izquierda chilenos de sus destinos. Podría pensarse, pues, que el frenesí de acción en muchos de ellos está ligado a la urgencia de sentirse de nuevo dueños de sus propias vidas.

b) *El voluntarismo*. Esta es otra de las actitudes frecuentes entre los militantes, y que se expresa en una relación desfasada con la realidad. El voluntarista se distingue del hombre voluntarioso, pues el primero al actuar no toma en cuenta más que su propia voluntad. Tomar además en cuenta la realidad, con el cuestionamiento de sí mismo, de sus convicciones y de las opciones que eso puede significar, es en efecto muy difícil para él, en razón de su inseguridad personal. El voluntarismo es aparentemente la expresión del "*hombre fuerte*", pero en realidad no es más que una conducta destinada a ocultar el fracaso de seres demasiado frágiles para convivir adecuadamente con aquello de la realidad que no depende de ellos. Incluso se puede pensar que a lo mejor el autoritarismo, que caracteriza a menudo a estos mismos compañeros voluntaristas, tiene la misma fuente: una fragilidad de la personalidad. El autoritario sería aquel que no puede considerar la voluntad de los otros, tanto es su temor de sentirse cuestionado por ella; aquel que es demasiado frágil para cohabitar con la libertad ajena.

c) *La ciclotimia*, tan característica en muchos grupos políticos, tiene alguna relación con el voluntarismo y con los repetidos fracasos que se le desprenden. Se entusiasman colectivamente con la "*última papa*"; la nueva línea política, el último análisis de la realidad nacional; pero los hechos, obstinados, se niegan a ajustarse a la propia voluntad, pues una vez más se habían fijado políticas para las que no se tenían los medios adecuados, o porque nuevamente se analizó la realidad exclusivamente en función de los deseos. Entonces el grupo se abandona al desaliento, al que prontamente se le denominará lucidez. Después de un tiempo, recuperará al ánimo, aunque no sobre la base de un análisis sereno de las causas del reciente fracaso, sino por un nuevo entusiasmo idéntico al anterior. Esta dificultad de sacar conclusiones de los fracasos y de asumírselos, está ligada a una dificultad bastante general en la izquierda chilena: la de acumular y asumir su propia historia.

Muchas organizaciones tienden a progresar por anatemas sucesivas: a cada cambio de orientación, se condena en bloque todo lo hecho, pues se ha encontrado por fin "*la*" solución, la que se condenará también en bloque dos meses o dos años más tarde... Con esta progresión por rupturas radicales sucesivas, es difícil para un grupo consolidar la confianza en sí mismo y forjarse una identidad clara (de aquí la preocupación permanente de los partidos "*jóvenes*"), aquellos nacidos en los años sesenta, por "*perfilarse*").

En cualquier caso, la ciclotimia en los grupos, este alternar entre la euforia y la depresión, representa, a nivel de la economía psíquica de cada militante, un enorme desperdicio de energías, una manera agotadora de vivir en el plano emocional.

d) *El lenguaje político*. Dadas sus características, no parece certero que la primera función del lenguaje político sea la aprehensión de la realidad, ni tampoco la comunicación con el otro. Su abstracción extrema le resta toda densidad, todo el sabor a las cosas humanas de las que trata, y le hace además difícil de entender por los profanos. Todavía más, el gran número de términos "*especializados*" que emplea en cualquier contexto y fuera de contexto, repele a los legos.

Para el progreso de la ciencia poco importa que el lenguaje especializado sea hermético para el profano, pero no puede ser lo mismo en el caso del lenguaje político. La inútil longitud de los documentos partidarios limita también su audiencia. Para lograr descu-

brir el aporte de un documento, hay que leer interminables preámbulos que tratan el tema desde los orígenes del movimiento obrero, como si jamás nada hubiese sido escrito sobre el tema. Y el real interés del texto se escapa aún más fácilmente al militante de base, o a las "masas" que se quiere politizar, vistas las muchas sutilezas y matices que no comprenden, porque están destinadas al consumo exclusivo de la clase política.

Por otra parte, cabe destacar la pobreza del lenguaje político. Esto es fruto de su extrema abstracción, y también de su incapacidad de integrar múltiples conceptos interesantes, definidos desde hace un siglo gracias a los enormes progresos de las ciencias sociales.

¿Cuál es entonces la primera función del lenguaje político, si no es la de comunicar o la de describir la realidad? ¿Tal vez este lenguaje no es más que la medida de nuestra impotencia? ¿Tal vez nuestra tendencia a hablar y a escribir interminablemente proviene de una confusión entre hacer política y hablar a propósito de la realidad? En este caso, el lenguaje tendría por función la de reducir esta realidad compleja, cambiante, y por esto angustiante, en abstracciones simples, familiares y, por lo tanto, tranquilizadoras. Y el lenguaje político sería el espacio de nuestros sueños: hablamos de lo que vamos a hacer, como sustituto de lo que no hacemos. De este lenguaje, con su ritmo, sus períodos, sus impulsos líricos, se ha dicho a menudo que es un lenguaje ritual, hechizado, inconscientemente dotado del poder mágico de transformar el mundo. De hecho, menos se domina la realidad, más se recurre a la magia.

### 3. EL MILITANTISMO,

#### ¿UNA RELACION FALSEADA CON EL TIEMPO?

Tal como el militante sacrifica la aplicación de sus valores en lo inmediato en nombre de las exigencias de la construcción de un mundo en que sus valores reinarán, asimismo sacrifica su vida presente en nombre de las exigencias de la construcción de un mundo que será el de la "verdadera" vida; vida de libertad, de amor y de amistad, vida en plenitud...

De hecho, el militante vive como si sólo el fin contara, como si algún día debiera llegar el paraíso terrenal (aquí de nuevo una analogía con la fe cristiana: sobre la tierra, sólo estamos de paso; lo importante viene después). Cuando, en realidad, la vida está toda en el presente, es decir, en el camino, al que nuestro proyecto imprime sentido. Como lo dijo Edgar Morin: "*La revolución no es el fin... que justifica el recorrido; es la idea fermento que lo acompaña*". Si vivimos mal el camino, habremos vivido mal toda nuestra vida.

La concepción de la vida para la que sólo el fin importa, ha costado mucha amargura a los militantes de la generación que nos ha precedido —hombres y mujeres que "*sacrificaron sus vidas*" por la construcción de un socialismo cuya victoria, bajo la forma del socialismo real, representa hoy en día una traición a sus sueños— dejándoles la triste impresión de un sacrificio inútil. A pesar de esto, nuestra generación tiende a repetir el mismo error.

En efecto, el militante vive de manera permanente en situación de transición, en la espera de la vida "*verdadera*". Esto a menudo justifica a sus propios ojos el no asumir las responsabilidades de un hombre común; responsabilidades afectivas, familiares, laborales, etc. El militante está convencido de que las asumirá —de lo que menos carece es de buena voluntad— y que estaría gustoso de vivir una vida menos monotemática, "*si*"... (si no hubiera una "*dictadura que derrocar*", si no hubiera un "*próximo congreso*", si, etc.).

Este carácter transitorio de la vida del militante tomó proporciones caricaturescas y trágicas entre los exiliados en los años que siguieron al Golpe. Hoy día en Chile, inconscientemente, es una manera de no tener que aceptar una situación a sus ojos inaceptable. Actuar de otra forma sería como renunciar a resistir, instalarse en la derrota: viviríamos después, después de haber ganado; ahora luchamos, y punto.



Pero cabe señalar que esta actitud "*transitoria*" está siempre presente en el militante, sea chileno o de otro país, justificando una vida estrecha y empobrecida. En ese sentido, la concepción marxista del hombre, limitado a la función de productor, no hace más que acrecentar la reproducción del tipo de militante unidimensional.

Cuando nos referimos a un problema de integración de la personalidad en el militante de izquierda, hay que hacer notar que algunos pueden, al contrario, dar la impresión de una personalidad excepcionalmente bien integrada. Son aquellos que, (aún) movidos por una fe ciega en "*el Partido*" y en el marxismo, actúan con eficacia, pues viven en perfecta armonía sus convicciones y sus actos militantes. Más allá del hecho de que, con frecuencia, se trata de personalidades más rígidas que sólidas, ellas gozan de un tipo de salud mental. ¿Esta es la "*salud*" que queremos para la humanidad, vale decir una "*neurosis obsesional colectiva*" (idolatría del Partido y de su dogma) que garantiza el equilibrio mental individual? ¿O estamos buscando en verdad una humanidad más "*humana*", en la cual alcanzarán cada vez más su plenitud todos los aspectos de la riqueza potencial del ser humano?

En realidad, lo más probable es que muchos militantes serían marginales, inadaptados, en la sociedad plenamente humana por cuya construcción ellos están luchando. También es probable que el problema no se les presente nunca, ya que si algún día ellos construyen un mundo nuevo, ese mundo será como ellos, unidimensional. O sea un mundo a su imagen, no a la de sus sueños.

En el militante, sacrificar el presente se traduce en un tratarse mal, pasarlo mal. El concepto de una elemental higiene de vida está casi completamente ausente, lo que aumenta la ineficacia de su actividad. Así, esas reuniones que siguen hasta la madrugada a pesar del agotamiento general y de las ideas confusas, para al fin solucionar mal un problema que al día siguiente, con la cabeza despejada, se hubiera solucionado bien en media hora. A veces se necesita de un real coraje para decir solamente: "*Es tarde, tengo que dormir, me voy*"; tan fuerte es la presión del grupo para implícitamente desaprobear esa actitud. Sueño atrasado, comida sin horario, exceso de cigarrillos (la altísima proporción de fumadores dentro de los militantes, ¿signo de algo?), deporte ausente, pocas distracciones, escasas vacaciones. Hay allí, además de la incapacidad de pasarlo bien consigo mismo, algo así como una auto-punición —en relación con un sentimiento de culpa más o menos consciente. También, confusamente, la idea de que el militante de izquierda en algo se tiene que parecer al mártir. Se confunden las necesidades personales —de afecto, de distracción, de vida sana— con el individualismo (siempre "*pequeño burgués*"...). Ligada a esta confusión, no falta una cierta hipocresía: el que se da un gusto —por natural que sea—, lo escondo o cree obligatorio justificarlo.

Además de tratarse mal, el militante trata mal a sus cercanos, ya que no tiene tiempo para ellos. El eterno problema de la pareja cuando solamente uno es el que milita, es demasiado frecuente para no ser el signo de que algo anda mal en nuestra concepción de la militancia (ni hablar de lo que anda mal en nuestra concepción de la pareja, ¡pero eso es otro cuento!). Brota la pregunta: ¿la pareja está mal porque se milita tanto, o se milita tanto porque está mal la pareja? En todo caso, queda claro que la pareja, en vez de generarle energías al militante, se las consume por la permanente presencia de tensiones.

En cuanto a los hijos, en el orden de prioridades del militante, vienen muchas veces después del partido, y se les dedica muy poco tiempo, lo cual es doblemente absurdo en la lógica misma del proyecto militante. De hecho, ¿pretendemos realmente construir un mundo mejor si las carencias afectivas que creamos hoy día en nuestros hijos preparan adultos neuróticos? Existe un síndrome del hijo de militante, el cual ha comenzado a estudiarse seriamente en algunos países; otro signo que algo anda mal en nuestra concepción



de la militancia. Y por otra parte, ¿para qué sirve dedicar todas nuestras energías a transformar las condiciones objetivas de la vida si somos incapaces de transmitir a los adultos de mañana que son nuestros hijos, los valores en los cuales queremos que descansa la nueva sociedad?

En conclusión, más allá del caso que se trata aquí del militante casi profesional originario de la clase media, este estudio podría ser extendido a otros tipos de militante, distinguiéndolos según generación, según organización política, según origen social.

De otra parte, a este trabajo le falta evidentemente una perspectiva histórica que permitiera diferenciar mejor los aspectos del militantismo chileno reforzados o creados por la derrota, de sus rasgos más permanentes.

En fin, es claro que más allá del militantismo en Chile, lo que está en cuestión es toda una manera de vivir la política en la izquierda de inspiración marxista. A este respecto, lo interesante de la izquierda chilena proviene de que en una situación adversa, los aspectos negativos de los comportamientos se vuelven más evidentes.

Abordar ese tema, que penetra en lo más íntimo de las opciones de vida del militante, y hacerlo en Chile en el contexto actual, evidentemente no es una elección fácil por la responsabilidad moral que ello implica. Pero durante decenios, a los militantes marxistas se les ha hecho aceptar demasiados errores (y demasiados horrores) bajo el pretexto de "*no dar armas al enemigo...*" Y ya es tiempo, a partir de una crítica lúcida, de desacralizar la función militante con el fin de poder imaginar una nueva manera de vivir el militantismo que contribuya realmente a la "*humanización*" del mundo en que vivimos.



El año '68 es quizás el que mejor evoca, para las generaciones de muchos países, cierto espíritu de alegría y esperanzada libertad.

A través de los antecedentes históricos, modos y proyecciones de esa generación en Chile, GABRIEL SALAZAR analiza el tipo de ruptura producida por el Golpe Militar en el proceso democratizador vivido hasta 1973, y apunta a la posibilidad de superar ese quiebre a través de los movimientos sociales populares.

